

Los empates electorales

También se ha levantado toda suerte de especulaciones, algunas estafalarias.

Edgar Gutiérrez

Realmente la tendencia arrancó con la cerrada reelección del presidente George W. Bush en noviembre de 2004. De ahí en adelante en Latinoamérica hemos tenido una constelación de procesos electorales que han puesto a prueba los sistemas de elección. El caso más controversial, desde luego, es México, y esta semana se le sumó Ecuador tras el colapso del sistema electrónico de conteo.

Los diseños montados a inicios de la década de 1980 con el retorno de la democracia en la región son homologables. Durante 20 años gozaron de prestigio entre el público y tenían la confianza de los partidos competidores.

Pero en los últimos dos años, en contextos de elecciones con empates técnicos, una sombra de sospecha ha recaído sobre ellos restándoles su brillo impecable. Los alegatos de fraude y manipulación han saltado, con mayor o menor fuerza, en varios lugares.

Técnicamente incluso se han lanzado teorías, como las de un grupo de científicos de la UNAM de México, según la cual con la manipulación electrónica de un logaritmo marginal se pueden torcer tendencias de recuento que, en competencias con márgenes mínimos, pueden hacer la diferencia. También se ha levantado toda suerte de especulaciones, algunas estafalarias, como la que escuché el otro día en Venezuela: a una persona le fue negado un crédito público porque en el banco le habrían dicho que, según los registros, ella no votó por el presidente Hugo Chávez.

El hecho es que el reciente ascenso de fuerzas de izquierda en el hemisferio y la polarización ideológica a que esta ha dado lugar presenta otro desafío al sistema y las instituciones electorales. El tema es central para la gobernabilidad del área. Las elecciones se han convertido en la vía efectiva de la inclusión política y el mecanismo para procesar diversas manifestaciones de conflictividad. La prueba para el sistema electoral no es solo la del conteo exacto de votos sino hacer respetar efectivamente las reglas del juego durante todo el proceso.

Las coaliciones ciudadanas de monitoreo, basadas en extensas redes de jóvenes voluntarios, que están surgiendo en varios países, representan un nuevo y valioso aporte; pero el fortalecimiento de la autoridad electoral es insustituible. Sobre ella descansa una parte esencial de la legitimidad del régimen político democrático.

Por todo eso es que las noticias e indicios que llegan a cada poco sobre la debilidad del Tribunal Electoral guatemalteco deben alertarnos a fin de arrojar luces, desde ya, sobre las capacidades reales de una institución que, el año próximo, deberá administrar por la descentralización de mesas, un número abundantemente superior de las tradicionales mesas receptoras votos, y unos competidores políticos que desde ahora han venido desafiando su autoridad, marcando una ruta negativa de precedentes.